

Dos veces

Cuento

**de Onelio
Jorge
Cardoso**



el lucero

(A Nils Castro, quien me dio la solución.)

Lo primero que debe saber un hombre es que la lengua no es una campana que se toca sólo por antojo; y para mí que esa fue la razón de lo que el hombre dijo aquella tarde.

¡Porque miren que largar una mentira de una cosa que usted tiene delante y luego defenderla tranquilo como si se tratara de su propia religión, es cosa que molesta!

A mí, naturalmente, eso es lo que más me chocaba; porque había que oírlo tan plantado en sus pies, defendiendo lo dicho y uno viendo que lo que él desmentía era precisamente lo que estaba ahí brillando delante de todos.

Porque el asunto empezó cuando habíamos terminado los trabajos del día y nos arrimamos al cayo para pasar la noche. En esas ocasiones siempre pasa que después de comida uno se riega por cubierta y se pone a hablar de cosas que nada tienen que ver con los trabajos de siempre.

Y recuerdo que era Florentino, precisamente, quien estaba contando el caso de la medicina y que estaba diciendo una verdad como una piedra; y que el asunto era que una vez le recetaron una medicina para el vientre, pero que él hizo lo que siempre hacía: abrió una calabaza, le echó el patente dentro y al otro día estaba la calabaza como cocinada y luego nos dijo que eso mismo le hubiera pasado a su estómago si se toma la medicina, y nosotros asentimos admirados y respetamos como siempre a Florentino por las cosas verdaderas que decía.

Y entonces fue ahí mismo que el hombre vino y metió su cuchareta.

—¿Ustedes ven ese lucero brillando? Pues puede que haya muerto.

Bueno, primero que nada nosotros nos miramos a ver si habíamos oído lo mismo y luego Florentino se echó a reír sabroso y nosotros también.

—Entonces usted tampoco está parado ahí —le dijo Florentino, y el hombre dejó que se aplacaran las risas y volvió tranquilo al lucero:

—La luz viaja en el espacio y tiene tantos millones de kilómetros por recorrer que se demora muchos años en llegar. Luego esa estrella puede ser apagada ya, muerta, y estar llegándonos todavía el último de sus rayos.

Esta vez confieso que nadie dijo nada, o que al

menos no hubo risas. Florentino mismo empezó a mirar al hombre detenidamente hasta que se puso de pie, molesto.

—¿Usted sabe lo que ha dicho? —Y el hombre miró a todos como si no entendiera.

Era como si de pronto nos hubiera intervenido la vida en alguna medida; en una medida que no se tenía así, totalmente a mano para señalarla, pero que existía, que lastimaba por alguna parte de nosotros y que la estábamos sintiendo los que siempre teníamos al mar por mar y a las estrellas por estrellas.

—Pues lo siento, pero puede que haya muerto ya.


Y no dijo más. Se fue para la popa porque evidentemente él sintió de pronto que sobraba entre nosotros.

Desde entonces yo digo que algo raro pasó a bordo, porque los días no siguieron siendo iguales.

Le metíamos mano a la manjúa, sí, al amanecer. Hacíamos el mismo trabajo de siempre: andar con el agua al cuello por entre los canalizos del cayo y los mosquitos ahí banqueteadose con nosotros. Pero todos firmes con el paño de red; mas no como antes, porque sobre todo Florentino parecía hacer las cosas mecánicamente y hasta en ocasiones había que darle dos veces el mismo grito para que cerrara a tiempo el paño. Luego, cuando salíamos con la manjúa al bonito, sucedía lo mismo: cada quien andaba en lo suyo como medio distraído y Florentino más que ninguno. Y tanto así era que se puso malignoso y contestaba de un modo que no era la manera con que siempre se contestaban las cosas a bordo.

En cuanto al hombre —con ser tan pequeño el "Juana Mercedes"— apenas si nos tropezábamos con él. Parecía haber aprendido a zafarnos el cuerpo, y la verdad yo por mi parte ya tenía ganas de regresar con los quintales de bonito a puerto para que el tipo se fuera a lo suyo, con toda su libreta de apuntes y sus cuatro libros que traía. En verdad, el que me importaba era Florentino; porque el tipo había dejado como una penita constante en el fondo de las cosas que uno acumula, y en el caso de Florentino la penita iba creciendo con los días, y tanto y tanto creció que sólo lo notamos cuando tuvo un cambio de palabras con Pacheco.

¡Dígame usted Pacheco, quien no hablaba sino



**Dos
veces
el
lucero**

para hacer reír y no estiraba la mano sino para hacer un favor! El caso fue que por una de aquellas bromas inocentes, Pacheco desató algo que estaba dispuesto a saltar en el pecho de Florentino, y saltó.

Le dijo cuatro cosas maldichas a Pacheco, y si no es por Jacinto que suelta el timón y se mete por medio, la cosa va más lejos. Por eso en el momento yo no dije nada ni los demás tampoco; sólo que me prometí hablar con Florentino luego, cuando el sol estuviera cayendo o quizás por la noche.

Mas tuvo que ser al tercer día; una noche que por cierto Florentino estaba solo en la proa, sentado con los brazos recogiendo las piernas y con los ojos fijos en el lucero que ya era crecido como una tachuela en el cielo.

—Estás extraño, Florentino —le dije y él se volvió, pero no habló nada— Pacheco no dijo más de lo que siempre dice y tú lo pusiste de la madre arriba.

Siguió en silencio, pero esta vez vi que bajaba la cabeza como si se fuera a buscar un mosquito por las piernas y luego dijo:

—Sí.

—¿Qué pasa entonces? —le pregunté.

—No sé. Lo que me pasa no sé —dijo.

—¡El hombre ese y su maldito lucero, ¿no?

Y entonces lo vi que movió afirmativamente la cabeza hasta que se volvió casi con rabia:

—¿Te das cuenta? ¡Las cosas que uno quiere las quiere siempre! ¿Qué somos? Marineros, ¿no?

—Sí, lo somos.

—¿Y quién dice que un marinero navega más por la mar que por el cielo? Más se anda por las estrellas que por el agua. ¿Dónde está el rumbo, quién lo tiene sino una estrella? ¡Cómo va a decir que mueren! ¿Y si mueren qué hace uno creyendo, confiando?

Confieso que no entendía a derechas, y hasta más; me parecía que muertas o no las estrellas, no era cosa de hombre andarse con tanta pena por, ellas. Pero en fin, Florentino era mi amigo y fuera como fuera estaba padeciendo; yo tenía que hacer algo, y no sé por qué, ni me voy a enterar más nunca, se me ocurrió decirle una cosa, una sola cosa se me ocurrió:

—¿Y por qué no te vas y le hablas y le dices que te diga más?

Pero no fue necesario. Inesperadamente el hombre surgió detrás de nosotros; estaba allí y no habíamos reparado en él. Y entonces el hombre dijo:

—Por lo mismo que puede estar llegando el último rayo de luz de una estrella, por la misma razón de distancia puede que esté ya viajando hacia nosotros el primer rayo de otra que nace. La vida no se acaba ni el rumbo se pierde nunca.

Bueno, desde entonces yo no sé qué pasó, pero el caso es que Florentino ha vuelto a ser quien es, y yo, por mi parte, sigo creyendo que la lengua de un hombre no debe ser una campana que sólo se toque por antojo.



Vanguardias de la Flota Cubana de Pesca



Como resultado de la emulación que se lleva a cabo en la Flota del Golfo resultaron vanguardias del último trimestre los siguientes barcos: **Lambda 108**, con una producción de 162,798 libras, por la flota de barcos de 5 lanchas; **Lambda 89**, con una producción de 105 704 libras, por la flota de barcos de 3 lanchas; **Ro 28**, con una producción de 47,544 libras, por la flota de barcos Ro. Los patrones de estas embarcaciones son Ramón Rodríguez López, José Rodríguez Abreu y Juan Cordero Cárdenas, respectivamente.

LA MARCHA DE LA PRODUCCION EN LAS COOPERATIVAS

PROVINCIAS

| | | |
|---------------|----------------|-------|
| Pinar del Río | — Bahía Honda | 153.1 |
| Habana | — Batabanó | 340.8 |
| Matanzas | — Cárdenas | 110.2 |
| Las Villas | — Cienfuegos | 352.5 |
| Camagüey | — Punta Alegre | 163.0 |
| Oriente | — Puerto Padre | 115.2 |

Provincia que ha alcanzado mayor cumplimiento en el Plan de Producción de las Coop. Pesqueras en el mes de mayo: Habana — 187.8

Provincia que ha alcanzado mayor cumplimiento en el Plan de Producción de las Coop. Pesqueras desde enero a mayo: Camagüey — 112.5